



Enrique Castro Navarra

In memoriam

ZARAGOZA. Era un hombre elocuente y versado, dotado de una amplia cultura ganada con su gran capacidad para la lectura, puesto que ya desde muy joven tenía sensibilidad no sólo por la poesía sino también por el ensayo. Había leído a los clásicos griegos, conocía en profundidad la obra de Ortega y Gasset, se admiraba ante el teatro de Lope de Vega o Calderón y era incluso capaz de declamar la poesía de Antonio Machado,

Miguel Hernández o Rubén Darío: este era nuestro padre, Enrique Castro Navarra, que falleció en Zaragoza el pasado 16 de septiembre a los 91 años.

Tras estudiar en Oviedo la carrera de Comercio, se hizo profesor mercantil, actividad que desempeñó desde finales de los años 40 en Zaragoza, ciudad en la que sembró su vida. A partir de los años 60, y como censor jurado de cuentas, desarrolló una incansable labor con el Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España (ICJCE), de cuya institución fue vicepresidente primero entre 1974 y 1983, tiempo que él mismo dedicó, junto a ilustres y admirados compañeros, para redactar los nuevos estatutos de esta corporación en una España en transición. Desde esta institución fue uno de los principales artífices de la implantación y desarrollo de la profesión de auditoría en España.

Amplio es el legado de este hombre en la profesión auditora; mas también en la de asesoría fiscal, ya que Enrique Castro Navarra fue uno de los insignes profesionales que en 1967 fundaron la Asociación Española de Asesores Fiscales.

En 1995, tras haber presidido durante años el Colegio de Titulares Mercantiles y Empresariales de Aragón, fue nombrado Presidente de Honor de esta institución. Asimismo, en 2002 fue proclamado Miembro de Honor por el ICJCE en el paraninfo de la Universidad de Zaragoza, nombramientos que nuestro padre siempre llevó con agradecimiento pues sabía que eran honores reservados a muy pocos.

En los albores del año 2007 un súbito maremoto se desencadenó en el singular cerebro de nuestro padre: un ictus implacable y homicida había intentado llevarse como el rayo a este hombre. Y su elocuencia, su memoria y su privilegiada inteligencia quedaron ocultas por la sombra de una aguda afasia que le privó de lo que él más disfrutaba: el don de la palabra y su elocuencia. Y nuestro admirado padre se vio obligado a escribir en aquel infame día el último terceto de su último soneto: ya no podría ilustrarnos con el brillo de su sabiduría. Hasta la misma Palas Atenea debió dejar escapar una lágrima de pesar y tristeza en aquel día.

Nosotros sabemos que Dios te ha reservado un sitio en la mesa de su reino, ya que tú siempre fuiste, ante todo, un hombre bueno.

**TUS HIJAS MARISA Y LOLA
Y TU HIJO ENRIQUE**